

Una biografía mítica de Jacinto Solana

Fue entonces cuando Inés oyó que hablaban de Jacinto Solana. [...]

– Sería inexacto decir que fue mi mejor amigo, como te contaba tu padre. No fue el mejor, sino el único amigo que yo he tenido en mi vida, y también mi maestro y mi hermano mayor, el que me guiaba por Madrid y me descubría los libros que era preciso leer y me llevaba a ver las películas mejores, porque era muy aficionado al cine, y había estado en París con Buñuel cuando se estrenó *La Edad de Oro*. Antes de la guerra, uno de sus trabajos fue escribir guiones en esa empresa de películas que tenía Buñuel, Filmófono, se llamaba, hacía guiones y también frases publicitarias, pero seguí escribiendo en los periódicos, cosas cortas, críticas de cine en *El Sol*, versos en *Octubre*, algún cuento que le publicaba don José Ortega en la *Revista de Occidente*. Puedes leerlo todo si quieres, porque yo guardo esas cosas en la biblioteca, aunque él me decía siempre que no le importaban nada y que se merecían el olvido. De muchachos, en el Instituto, imaginábamos que llegaríamos a ser corresponsales de guerra y escritores ricos y célebres, como Blasco Ibañez, y que nuestro éxito haría que nos quisieran las muchachas de las que solíamos enamorarnos inútilmente. Pensábamos irnos juntos a Madrid, no a estudiar una carrera, sino a vivir en la bohemia y alcanzar la gloria. Pero mi padre se murió cuando yo estudiaba segundo de Derecho, así que tuve que volver a Mágina para ayudar a mi madre, y ya no terminé la carrera y me faltó voluntad para irme de aquí, como había hecho Solana. Él venía de vez en cuando y me hablaba de Madrid y del mundo, de los cafés donde era posible sentarse al lado de los escritores que para mí eran dioses, y me traían o me enviaban recortes de periódicos donde estaba su firma, diciéndome siempre que eso no era nada comparando con lo que estaba a punto de escribir. Al final de la dictadura publicaba muchos artículos y algunos poemas, sobre todo en *La Gaceta Literaria*, porque se había hecho surrealista, pero yo creo que no tenía más amigos en Madrid que Buñuel u Orlando, el pintor, que le ilustraba sus cuentos, y luego, muy poco antes de la guerra, Miguel Hernández, que era más joven que nosotros y veía en él como un espejo de su propia vida. A Solana le desagradaba mucho el modo en que Hernández alardeaba de sus orígenes. «Yo también he cuidado cabras», decía, «pero no me parece que eso sea un motivo de orgullo». No dejó de escribir cuando empezó la guerra, pero yo sospecho que no le hubiera gustado saber que iban a sobrevivirle durante tantos años esos romances de *El Mono Azul* que tú has leído. En mayo del 37, cuando vino a Mágina para mi boda, estaba en la redacción de ese periódico y pertenecía a la Alianza de Intelectuales, y acababan de nombrarlo comisario de cultura en una brigada de choque, pero de pronto no se supo nada de él, y no asistió al congreso de escritores que iba a celebrarse aquel verano en Valencia. Ni su mujer sabía donde estaba. Se había alistado como soldado raso en el ejército popular, con otro nombre, y ya no volvió a publicar ni una sola palabra. Lo hirieron en el Ebro, y al final de la guerra fue detenido en el puerto de Alicante. Pero todo eso ya lo supe diez años después de que desapareciera, cuando salió de la cárcel y vino a Mágina y a esa casa. Seguía queriendo escribir un libro, un solo libro memorable, decía, para morir después, porque eso era lo único que le había importado en su vida, escribir algo que siguiera viviendo cuando él estuviera muerto. Exactamente eso me decía. [...]

Como una prolongación en la memoria de las palabras que había dicho al cabo de una infinita tregua de silencio, Manuel miró el retrato a lápiz de Mariana y repitió para sí mismo la fecha y el nombre escritos en el margen, pero cuando se levantó no fue para descolgar el dibujo y mostrar a su sobrino las palabras que Solana escribió en el reverso, sino que tomó de la repisa de la chimenea la foto que les hicieron el mismo día que se supo la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero y se la tendió a Minaya.

TEXTE 2

PEPE CARVALHO Y LA CONDESA DE SINARCAS

Quedamos en salir al día siguiente y tuve que saltarme una reunión de Comité Ejecutivo del FLP en la que se traduciría al castellano una nota que nuestro secretario general, Julio Cerón, había filtrado desde su encierro en la cárcel de Valladolid.

En aquellas condiciones de clandestinidad había que dar razones serias para faltar a una cita tan importante y pasé el recado de que estaba trabajando a un personaje principal cuya recluta daría notorios beneficios de todo tipo al Frente.

Lo cierto es que paseamos por un barrio de las afueras y hablamos de poetas prohibidos que yo sabía prohibidos y que ella sabía innecesarios. Sin saberlo era una formalista rusa a la española y consideraba que la poesía no debía intervenir en la historia, ni en la sociedad, ni siquiera en el tiempo real, pero me reconoció haberse emocionado ante algunos poemas de Hernández, sobre todo aquel que empieza diciendo: « Pintada, no vacía, pintada está mi casa,/ del color de las grandes tragedias y desgracias. » Y cuando le informé de la anécdota real escondida en otro poema, *Las nanas a la cebolla*, la condesa es que se echó a llorar, como quien llora furtivamente, sin ganas de que se note pero sabiendo que el destino de todo llanto, sobre todo en desconsuelo, es ser notado.

– Enseñame cosas. A veces me veo a mí misma como el joven Buda que tuvo que salir del recinto amurallado de su palacio para descubrir la enfermedad, la miseria, la muerte, el dolor en suma. Es injusto que sólo atendamos a nuestro propio dolor.

Era una síntesis admirable del por qué del compromiso y de la solidaridad y así se lo dije, arriesgando mucho para una primera jornada de aproximación ideológica. Si en este terreno arriesgué algo, en el otro apenas dejé suelto mi brazo derecho que rozara el izquierdo suyo, o mi caminar panchín panchán propició que a mis veces nuestros hombros se encontraran o incluso nuestros medios cuerpos en las entradas mal calculadas a bares de puertas escasas.

Fueran los contactos furtivos ideológicos, aquel día ultimados con una prudente interpretación neutralista de la guerra civil, o fueran los otros, lo cierto es que entre nosotros surgió lo que los cineastas llaman química y quedamos citados al día siguiente, con tal mal acuerdo que más tarde comprobé que la cita me coincidía con otra reunión del Comité Ejecutivo del FLP y es que, como éramos pocos y carecíamos de base, nos reuníamos casi todos los días. Di pues nuevo aviso de mi ausencia y merecí algún parpadeo de sorpresa de mi enlace.

– Ya os informaré. Os aseguro que es un filón.

Al día siguiente la condesa y yo nos planteamos la legitimidad del franquismo y la agonía de Machado y su madre en Collioure. Los acontecimientos se precipitaban y consciente de mi descontrol cuando las pasiones me dominan, enfrié mi cabeza al acordar la nueva cita y la calculé con tiempo para asistir esta vez a la reunión del Comité Ejecutivo. Ante las caras graves de mis camaradas, pasé al ataque y expuse la operación seducción de la condesa de Sinarcas como una fase madura de nuestra capacidad de penetración en el tejido social, y yo acudía al Comité Ejecutivo de mi partido, es decir, a los otros tres miembros del Comité Ejecutivo de mi partido, en busca de un consenso que me permitiera un trabajo de aproximación o adoctrinamiento.

Manuel VAZQUEZ MONTALBAN, « Tal como éramos »,
nouvelle extraite de *El hermano pequeño*, Planeta, 1994.

En la gran forja de América, sobre el yunque gigantesco de los Andes, se han batido por centurias y centurias el bronce y el hierro de razas viriles.

Cuando al brazo moreno de los Atahualpas y los Motezumas llegó la vez de mezclar y confundir pueblos, una liga milagrosa estaba consumándose: la misma sangre hinchaba las venas de los americanos y por iguales senderos discurría su intelectualidad. Había pequeñas patrias: la Azteca, la Maya-Kiché, la Incásica... que quizá más tarde se habrían agrupado y fundido hasta encarnar grandes patrias indígenas, como lo eran en la misma época la patria China o la Nipona. No pudo ser así. Al llegar con Colón otros hombres, otra sangre y otras ideas, se volcó trágicamente el crisol que unificaba la raza y cayó en pedazos el molde donde se hacía la Nacionalidad y cristalizaba la Patria.

Durante los siglos coloniales llamearon también las fraguas gestadoras de nobles impulsos nacionalistas, sólo que los Pizarro y los Ávila pretendieron cincelar patrias incompletas, ya que nada más se valían del acero de la raza latina, dejando apartado en la escoria el duro bronce indígena.

Más tarde, al alborear el más brillante de los siglos pretéritos, varones olímpicos empuñaron el mazo épico y sonoro y vistieron mandil glorioso. Eran Bolívar, Morelos, Hidalgo, San Martín, Sucre... Iban a escalar la montaña, a golpear el yunque divino, a forjar con sangre y pólvora, con músculos e ideas, con esperanza y desencantos, una peregrina estatua hecha de todos los metales, que serían todas las razas de América. Por varios lustros se escuchó martilleo fragoroso que hacía retemblar altas sierras, agitarse frondas vírgenes y lucir crepúsculos siempre rojos, como si la sangre salpicara hacia lo alto. En Panamá, donde se besan mares y continentes, llegó a vislumbrarse entre resplandores de epopeya una maravillosa imagen apenas esfumada de la gran Patria Americana, única y grande, serena y majestuosa, como la cordillera andina.

Todavía no era tiempo. El milagro se deshizo. Aquella sublime visión de patria fue perdiéndose como las brumas del océano o las neblinas de la sierra. Pasaron a vida mejor aquellos varones que hoy se antojan semi-dioses homéricos.

Más tarde, durante la vida independiente de esos países, se cambió de idea; ya no se iba a modelar una sola gigantesca patria, que cincelaran a una todos los hombres del Continente, sino mirando a la tradición se formarían patrias poderosas que correspondieron a las divisiones políticas coloniales. Desgraciadamente la tarea no fue bien comprendida; se pretendió esculpir la estatua de aquellas patrias con elementos raciales de origen latino y se dio al olvido, peligroso olvido, a la raza indígena o a título de merced se construyó con ella humilde pedestal bronceo, sucediendo a la postre lo que tenía que suceder: la estatua, inconsistente y frágil, cayó repetidas veces, mientras el pedestal crecía. Y esa pugna que por crear patria y nacionalidad se ha sostenido por más de un siglo, constituye en el fondo la explicación capital de nuestras contiendas civiles.

Toca hoy a los revolucionarios de México empuñar el mazo y ceñir el mandil del forjador para hacer que surja del yunque milagroso la nueva patria hecha de hierro y de bronce confundidos.

Aquí está el hierro... Aquí está el bronce... ¡Batid hermanos!